



# **Batallas de la mente. Visiones del nacionalismo después de la II Guerra Mundial**

Juan García-García<sup>a</sup>

## **Como citar este artículo:**

García-García, J. Batallas de la mente: Visiones del nacionalismo después de la II Guerra Mundial. Eirene Estudios De Paz Y Conflictos, 6(10). Recuperado a partir de <https://www.estudiosdepazyconflictos.com/index.php/eirene/article/view/190>

## **Recibido:**

12 de agosto 2022

## **Aprobado:**

13 de octubre 2022

<sup>a</sup>ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-2803-4176>

Universidad de Extremadura, Cáceres, España

Licenciado en Ciencias Políticas y Sociología. Doctor en Psicología Social por la Universidad Complutense de Madrid. Profesor de Sociología de la Universidad de Extremadura. Principales líneas de investigación: nacionalismo, movimientos sociales, sociología de la educación. Ha publicado artículos en revistas de impacto como Revista Española de Investigaciones Sociológicas (REIS), Revista Internacional de Sociología (RIS), Revista de Estudios Sociales, Journal of Social and Political Psychology (JSPP) y Athenea Digital. [jggsoc@unex.es](mailto:jggsoc@unex.es)

## Batallas de la mente. Visiones del nacionalismo después de la II Guerra Mundial

### Resumen

La historia del debate académico sobre naciones y nacionalismos ha comenzado a escribirse con mayor rigor y detalle. Con todo, algunas voces de este debate parecen hoy omitidas y olvidadas, como si nunca hubieran sido pronunciadas o fueran acalladas por su parcialidad y reduccionismo. Una de estas hipótesis, de factura freudiana, presentaba al nacionalista como un fanático con baja autoestima y graves problemas emocionales, como una personalidad débil y frustrada que, tratando de ocultar sus propios problemas afectivos, provocaría muerte y destrucción sobre los demás. En este artículo se pasa revista a la interpretación psicodinámica del nacionalismo, cómo se elaboró en el escenario de la Europa de entreguerras y cómo cristalizó al término de la II Guerra Mundial. Sobre la sombra proyectada por Hitler y la memoria del Holocausto se acabó popularizando la visión del nacionalista como un sujeto marcado por la angustia y el conflicto interior, la inseguridad personal, la debilidad mental y moral y la psicopatología. Se plantea por último la necesidad de reconstruir en la academia las voces de un debate histórico que, lejos de pertenecer al pasado, sigue replicándose muchas décadas después fuera de la academia, en la batalla política y mediática sobre naciones y nacionalismo.

**Palabras clave:** Nacionalismo, guerra, autoritarismo, psicoanálisis, prejuicio

## Battles of the mind. Visions of Nationalism after World War II

### Abstract

The history of the academic debate on nations and nationalisms has begun to be written with greater rigor and detail. However, some voices in this debate today seem omitted and forgotten, as if they had never been pronounced or were silenced due to their bias and reductionism. One of these hypotheses, of Freudian origin, presented the nationalist as a fanatic with low self-esteem and serious emotional problems, as a weak and frustrated personality who, trying to hide his own affective problems, would cause death and destruction on others. This article reviews the psychodynamic interpretation of nationalism, how it was developed in the interwar European scenario and how it crystallized at the end of World War II. Over the shadow cast by Hitler and the memory of the Holocaust, the vision of the nationalist ended up being popularized as a subject marked by anguish and inner conflict, personal insecurity, mental and moral weakness, and psychopathology. Finally, the need arises to reconstruct in the academy the voices of a historical debate that, far from belonging to the past, continues to be replicated many decades later outside the academy, in the political and media battle over nations and nationalism.

**Keywords:** Nationalism, war, authoritarianism, psychoanalysis, prejudice

## 1. Introducción

El preámbulo de la Constitución de la Unesco recogía una idea extendida a mediados del siglo pasado entre los intelectuales occidentales: “Puesto que las guerras nacen en la mente de los hombres, es en la mente de los hombres donde deben erigirse los baluartes de la paz” (Unesco, 1945). De hecho, los redactores de la Carta se limitaban a convertir en máxima un supuesto que destilaba el psicologismo reinante en el estudio de las relaciones internacionales y la guerra. El recurso científico más importante para resolver las tensiones y conflictos internacionales no debe buscarse en el ámbito de la economía, la política o la sociología sino en consideraciones de naturaleza psicológica. Algunos años antes, el escritor y diplomático Salvador de Madariaga había propuesto construir en la mente un nuevo orden universal, sin prejuicios nacionales: “Nada puede acontecer en el mundo de los hombres que no haya acontecido primero en la mente de los hombres” (1934: p. 21). Y el novelista H. G. Wells reclamaba la eliminación de falacias nacionalistas de la enseñanza de la historia en términos casi idénticos: “No existe camino para la paz mundial –afirma Wells (1929: pp. 38-39)- excepto a través de estas batallas preliminares de la mente”.

Al término de la II Guerra Mundial un número significativo de pensadores coincidía en asignar al nacionalismo un papel negativo en la construcción del nuevo orden internacional. Así, la ideología nacionalista aparecía relacionada con el conflicto y la violencia, con procesos regresivos de sugestión en masa y con la existencia de prejuicios, falacias y estereotipos mentales sobre el extranjero. Muchos intelectuales de Occidente identificaban el nacionalismo con conductas extremas, intolerantes y agresivas que debían explicarse desde la psicología y reprobarse desde el punto de vista moral. De hecho, más que una ideología política, el nacionalismo era a menudo definido como una actitud o *complejo actitudinal* que anticipa la barbarie de la guerra. La condena de la ideología se completaba con argumentos psicodinámicos. Siguiendo la fórmula acuñada años antes por el politólogo Harold Lasswell, la conducta de los actores políticos era el resultado del desplazamiento de deseos privados inconfesables al ámbito público, y ocultaba en todo caso la inseguridad, frustración, ambivalencia, complejo de inferioridad y/o ilusiones de grandeza de sus

practicantes (1930/1963). El nacionalismo no es ni lógico ni racional –afirmaba por entonces el historiador Louis Snyder-, “sus raíces están en el mundo ilógico, irracional y fantástico del inconsciente” (1954: p. 101).

La historia del debate académico sobre naciones y nacionalismos ha comenzado a escribirse con mayor rigor en las últimas décadas (Smith, 2000; Özkirimli, 2000; Lawrence, 2005; Berger y Storm, 2019; Stynen, Ginderachter y Núñez Seixas, 2020). Con todo, algunas voces del debate parecen hoy omitidas y olvidadas a pesar de la enorme influencia que tuvieron no sólo dentro sino fuera de la academia, como teorías profanas. Nos referimos en este caso a las aportaciones de la psicología de las masas y del psicoanálisis freudiano (Ramírez, 1992; Finlayson, 1998; García-García, 2013; Mock, 2019). De hecho, una de las “representaciones sociales” más penetrantes y duraderas de la ideología presenta al sujeto nacionalista como un fanático con baja autoestima y graves problemas emocionales, como una personalidad débil y frustrada que trata de ocultar sus propias carencias afectivas para provocar violencia y sufrimiento a millones de seres humanos (Moscovici 1961/1979). En este artículo rastreamos el origen de esta representación, cuándo se formó y cómo terminó popularizándose.

Para ello, en el primer apartado nos fijamos en el libro clásico que Sigmund Freud escribiera al término de la Gran Guerra: *Psicología de las masas* (1921/1910), que avanzó una interpretación psicodinámica de la conducta colectiva. Enseguida, otros académicos adaptaron el esquema freudiano para explicar el nacionalismo de entreguerras en clave de deseos reprimidos y pulsiones básicas (Eros, Thanatos). Como veremos, los modelos explicativos se articularon pronto como discursos moralizantes y culpabilizadores del nacionalismo: ¿quiénes eran los nacionalistas? En el segundo apartado nos detendremos en unos discursos que culpabilizaban a las clases medias-bajas de la población (escuela de Frankfurt); o atribuían toda la responsabilidad del nacionalismo a las naciones extranjeras (estudios del carácter nacional). Con todo, será al término de la II Guerra Mundial cuando gane fuerza en Occidente la representación del nacionalismo como desorden psicológico o trastorno mental, circunscribiendo su incidencia a individuos muy concretos, con una estructura de personalidad inestable, inmadura y patológica –apartados tercero y cuarto.

Los planteamientos freudianos y neo-freudianos de postguerra confluirán entonces con la investigación empírica sobre el prejuicio y la medición escalar de las actitudes para fijar un diagnóstico del nacionalista como un sujeto con poca autoestima y graves problemas emocionales, un ser débil, frágil, reprimido, en guerra consigo mismo –las batallas de la mente. En los dos últimos apartados haremos balance de la contribución del psicoanálisis al estudio del nacionalismo, deteniéndonos en la crítica de psicologismo que se ha vertido sobre ella. Además, en las reflexiones finales plantearemos también la necesidad de reconstruir en detalle las voces de un debate que, lejos de pertenecer al pasado y circunscribirse a la academia, sigue replicándose hoy en día fuera de ella, en la batalla política y mediática sobre naciones y nacionalismo.

## **2. *Father-land, mother-country*: psicoanálisis después del Armisticio**

Además de la destrucción de bienes y propiedades y la pérdida inútil y cruel de millones de vidas humanas en una contienda racionalizada, mecanizada y virulenta, la I Guerra Mundial supuso para muchos intelectuales y académicos occidentales la consiguiente quiebra de confianza en las bondades del progreso, la razón y la ciencia moderna (Burrow, 2001). Para entonces, como es sabido, no pocos habían hecho suya la tesis finisecular sobre la irracionalidad del sujeto, la fragilidad de la “civilización” y el retorno inminente a un estadio primitivo de violencia y barbarie; el regreso a lo que Gustave Le Bon había denominado la *Era de las Masas*. Al poco tiempo de firmarse el Armisticio que puso fin al conflicto, Sigmund Freud escribía su libro *Psicología de las masas*. Como Le Bon, Sighele y McDougall antes que él, tampoco Freud albergaba dudas sobre la irracionalidad de la conducta colectiva: los individuos que forman parte de una colectividad se han de volver necesariamente impulsivos, inconscientes, apasionados, volubles, irritables, desinhibidos, crédulos; sus actos están guiados por instintos crueles, brutales, destructivos, residuos de épocas pasadas. Freud daba por buena la descripción que Gustave Le Bon había realizado un cuarto de siglo antes y, como él, comparaba la conducta de la masa con la del niño y el hombre primitivo:

... la disminución de la actividad intelectual, la afectividad exenta de todo freno, la incapacidad de moderarse y retenerse, la tendencia a transgredir todo límite en la manifestación de los afectos y a la completa derivación de estos en actos; todos estos caracteres y otros análogos... representan, sin duda alguna, una regresión de la actividad psíquica a una fase anterior en la que no extrañamos encontrar al salvaje o a los niños (1921/2010: pp. 63).

Con todo, la explicación última de la conducta irracional y bárbara de la masa no reside para Freud en un proceso de hipnosis/sugestión colectiva—como había afirmado Le Bon— sino en vínculos de naturaleza libidinosa: la identificación primaria con el líder y la identificación secundaria con los seguidores (que comparten el mismo amor por el líder) (1921/2010: pp. 62-63). Dicho con otras palabras, el individuo de la masa abandona su particularidad y renuncia a su ideal del yo, “trocándolo por el ideal de la masa, encarnado en el caudillo” (1921/2010: p. 77). Para Freud, la identificación primaria con el líder -General, Pastor de almas, Gobernante- evoca la actividad anímica inconsciente, indiferenciada e impulsiva de la Prehistoria de la Humanidad, con la población sometida al yugo del jefe tiránico de la horda primitiva (1921/2010: p. 70). Además -añade Freud- la identificación con el líder se asemeja también a la identificación primaria con el padre omnipotente de la infancia. Al igual que el niño quería ser como el progenitor, conformar su yo con él, “reemplazarlo en todo”, los miembros de la masa renuncian a su propio yo y regresan a un estado de dependencia infantil, identificándose con el caudillo (1921/2010: pp. 49-50). De este modo, la necesidad de formar parte de la masa deriva del deseo y nostalgia de recuperar al padre de nuestra infancia (véase también Freud, 1939).

Con ser la más conocida, la de Freud no había sido la primera incursión del psicoanálisis en el estudio de la conducta colectiva. Ni fue el primero en conectar el comportamiento irracional de las masas con los vínculos emocionales de la infancia. Un año antes de publicarse *Psicología de las masas*, el escritor y psicólogo norteamericano Everett Dean Martin había establecido en *The Behavior of Crowds* un paralelismo semejante. La representación de una multitud callejera -afirmaba Martin- remite de forma velada a la “identificación imaginaria”

con el padre. Martin ponía el ejemplo de una masa o multitud patriótica. Para el hombre que forma parte de la multitud su nación es la patria (*father-land*), la madre patria (*mother country*), el Tío Sam -de nuevo, “la imagen apenas disfrazada del padre” (1920: p. 138). De hecho, la pertenencia a una multitud patriótica que se considera grande, única y/o heroica puede ser al mismo tiempo “una forma disfrazada de narcisismo”, un modo indirecto y subrepticio de que sus miembros aumenten la autoestima individual (1920: pp. 137-138). O como decía en otro momento:

La grandeza que cada multitud reverencia... es sólo esa grandeza que la multitud atesora como un símbolo de sí misma, el tipo de superioridad que los miembros de la multitud pueden absorber para hinchar la conciencia de su propio ego (1920: pp. 81-82).

Muchos autores de entreguerras repetirán los mismos paralelismos entre los nexos de la familia y la conducta de las masas para criticar el nacionalismo extremo y belicista de su tiempo. El nacionalismo será visto en consecuencia como una forma de identificación sustitutiva y narcisismo encubierto, como una reversión a una etapa previa de desarrollo psicológico que oculta carencias emocionales o problemas de autoestima individual. La lista de autores es larga: desde sociólogos y politólogos como Harold Lasswell, Earle Hunter o Kimball Young a historiadores como Crane Brinton o escritores como Adam de Hegedus; desde psiquiatras y psicoanalistas como Wilhelm Reich, Erich Fromm, Ernest Simmel, John Flügel o Laci Fessler a psicólogos conductistas y experimentalistas como Daniel Katz o Floyd Allport. En palabras de este último: “Se acepta que nuestras alabanzas al propio grupo pasen por altruismo sin indagar en su significado más profundo, como una forma indirecta de alabarse a uno mismo... [La nación] suministra un método socialmente aprobado de elevar la autoestima individual” (Allport, 1927: pp. 295-296)

Para completar el esquema psicodinámico que utilizará la generación de entreguerras necesitamos recordar la segunda parte de la ecuación que Freud había establecido en *Psicología de las masas*. Además de la vinculación amorosa con el líder y los miembros



de la masa, la regresión colectiva permite liberar toda la agresividad acumulada hacia un enemigo exterior. De hecho, la identificación con el líder implica que el individuo renuncia puerilmente a su conciencia y moralidad, abandona cualquier responsabilidad sobre sus actos y da rienda suelta a sus instintos. De esta forma -señala Freud- “todos los instintos crueles, brutales y destructores, residuos de épocas primitivas, latentes en el individuo, despiertan y buscan su libre satisfacción” (1921/2010: p. 19). Para explicar la agresividad y violencia de las masas, Freud recurría a otro concepto clave de su teoría psicoanalítica: la ambivalencia. Al igual que los vínculos ambivalentes de amor-odio recorren la vida familiar (1921/2010: p. 45), los vínculos amorosos hacia el caudillo dejan siempre un poso de resentimiento que debe sofocarse o descargarse sobre los miembros del exogrupo. Freud ponía el ejemplo de las masas religiosas de la Edad Media (“... toda religión, aunque se denomine religión de amor, ha de ser dura y sin amor para con todos aquellos que no pertenecen a ella... cruel e intolerante para aquellos que no la reconocen”). Lo mismo podía decirse de otras colectividades, con independencia de sus reivindicaciones: “... Cuando una distinta formación colectiva sustituye a la religiosa... surgirá contra los que permanezcan fuera de ella la misma intolerancia que caracterizaba las luchas religiosas...” (1921/2010: pp. 42-43).

En definitiva, la identificación con el líder oculta deseos inconscientes de agresión y muerte que han de ser canalizados y desplazados hacia un enemigo exterior. El análisis de Freud va a servir de modelo a muchos autores posteriores que explicarán la violencia de masas del nacionalismo a partir de la secuencia frustración-agresión, la teoría del narcisismo colectivo o la teoría de la personalidad autoritaria. Estas teorías van a aparecer en los años 30 y 40, después del ascenso del nacionalsocialismo alemán (Lasswell, 1933/1977; Reich, 1933/1972; Katz, 1940; Fessler, 1941; Fromm, 1941; Young, 1944; Adorno et al, 1950). “La gente externa al grupo”, el extraño, el extranjero –afirma el psicólogo norteamericano Daniel Katz- es “un excelente objeto para la agresión” (1940: pp. 167-168). El odio, la xenofobia nacionalista no es otra cosa que un mecanismo de defensa, la racionalización, el desplazamiento, “la provisión de un chivo expiatorio” que compensa los males que el individuo sufre a manos de sus compatriotas –sostiene el escritor húngaro Adam de Hegedus (1947: p. 133). La guerra de masas del nacionalismo proporciona al individuo



“un canal culturalmente aceptado y esperado para la descarga de la agresividad” –repite el sociólogo norteamericano Kimball Young (1944/1969: pp. 52-54, 106-108). A través del nacionalismo la agresividad encuentra salida y las tendencias destructivas, deploradas habitualmente como inmorales, son consideradas “meritorias y dignas de alabanza” –en palabras de la neuróloga checoslovaca Laci Fessler (1941: pp. 377-378).

### **3. Sujetos del nacionalismo: la clase social y la nación enemiga**

Hemos visto hasta aquí cómo una serie de académicos de entreguerras comenzó a ver en la lealtad, entrega y fervor a la nación algo muy diferente a lo que Rousseau, Herder, Fichte o cualquiera de los profetas del historicismo decimonónico podía siquiera haber sospechado: una forma de identificación compensatoria, de narcisismo encubierto y una vía de escape para la frustración y la agresividad individual. El cambio de discurso era radical: la Historia de progreso colectivo, de ascenso y *despertar* de las naciones, el relato romántico de la Patria, con toda su grandeza, gloria y heroísmo, parecía convertirse ahora en una historia oculta e inconfesable, un drama de dolor, muerte y represiones, un relato de pesadilla. Para la generación que había vivido y sufrido la Gran Guerra, con toda su crueldad, violencia y poder destructivo, la teoría psicoanalítica planteaba una nueva interpretación del nexo afectivo de la ciudadanía con los símbolos profanos de la patria. No sólo eso, el psicoanálisis aspiraba a explicar, tentativamente, por qué determinados individuos, grupos y colectividades parecían especialmente predispuestos a las pasiones de masas del nacionalismo. De hecho, el ascenso al poder en Europa de una élite de gobernantes totalitarios que exhibirán un nacionalismo extremo, xenófobo y belicista iba a dar prioridad y relevancia a la pregunta sobre el sujeto, esto es, a la personalidad oculta de las élites y de las masas. Como veremos, los críticos de los años 30 y 40 irán acotando el fenómeno con lenguaje psicodinámico para referirse a un tipo o carácter específico, a una psicología diferenciada o a una personalidad autoritaria.

En primer lugar, algunos intelectuales europeos de formación marxista, que habían presenciado el ascenso de Hitler al poder, destacaban la vinculación irracional y patológica a la nación de determinados estratos sociales –la pequeña burguesía y la clase obrera alemana

(Billig, 1986). Desde los parámetros ortodoxos del marxismo resultaba difícil explicar por qué la crisis económica y las altísimas tasas de desempleo no habían logrado producir una mayor conciencia obrera, internacionalista y revolucionaria entre la población alemana más depauperada. En su lugar había surgido un movimiento de masas que alimentaba el culto irracional a un líder nacionalista autoritario y xenófobo. En ese contexto, intelectuales del Instituto de Investigación Social de la Universidad de Frankfurt -Wilhelm Reich, Erich Fromm, Theodor Adorno, Max Horkheimer-, vieron necesario completar la concepción marxista de la historia con las teorías freudianas sobre la personalidad y el inconsciente. Porque los hombres no parecen conducirse de manera racional –advierten-, ni se ajustan necesariamente a sus verdaderos intereses de clase.

El médico y psiquiatra austríaco de origen judío, Wilhelm Reich, discípulo de Freud, fue seguramente el primero en integrar el esquema básico del materialismo histórico con las premisas y constructos del psicoanálisis, centrando para ello la atención en el desarrollo de la “estructura psíquica” de la clase media-baja alemana (1933/1972: p. 31). En concreto, Reich creía localizar el origen de la mentalidad conservadora de dicho estrato social en su peculiar psicología, esto es, un carácter rígido y autoritario formado durante el curso de la infancia en una familia de principios y valores patriarcales que reprimía la expresión libre y espontánea de los instintos sexuales. Siguiendo el argumento del propio Reich, los niños varones criados en hogares de clase media-baja desarrollaban una fuerte identificación con un padre severo y represor, crecían con ansiedad, inseguridad y miedo, y estaban predispuestos a identificarse más tarde con un líder que concentrara sobre sí los lazos emocionales con el padre (1933/1972: pp. 74-75). Esta necesidad de “identificación” compensatoria y regresiva les terminaría arrojando en brazos de un líder o caudillo -afirma Reich-, un *Führer* nacionalista que es el fundamento psicológico de su “narcisismo nacional”. De hecho -advierte Reich-, “... su situación de miseria material y sexual está psicológicamente sofocada por la idea exultante de formar parte de la raza de los señores y de ser conducido por un genio... (1933/1972: pp. 86-87).

Otro psicoanalista de origen judío, el alemán Erich Fromm, iba a explicar el ascenso del nacionalismo extremo a partir de una interacción de factores socioeconómicos,

ideológicos y psicológicos, entre los que destacaba de nuevo el carácter autoritario de la clase media-baja alemana. Aunque Fromm no creía que la formación del carácter del autoritario estuviera determinada por la pulsión sexual sino por su incapacidad para desarrollar la autonomía individual, compartía con Reich la idea de que la familia era el agente psicológico primordial en todo el proceso (Fromm, 1941/1982: pp. 203, 313-316). Su diagnóstico final presentaba al sujeto nacionalista como un ser débil, inseguro, neurótico, de profundo ascetismo, lleno de hostilidad y odio hacia sus semejantes, resentido con la vida, fascinado por la autoridad, con deseos sádicos de dominar a los más débiles e impulsos masoquistas de someter su individualidad a un poder exterior; un sujeto asustado de su propia libertad. Y, como Reich, daba cuenta de un proceso de identificación narcisista y regresivo con un líder y colectividad heroica, grandiosa, omnipotente. Cuando la autoestima disminuye por la precariedad laboral –afirma Fromm– el sujeto busca compensación “con fantasías de que la propia nación o raza son las mejores y más excelentes de entre todos los pueblos” (1937/1996: p. 77).<sup>1</sup>

La freudomarxista no fue la única respuesta a la pregunta de por qué determinados colectivos estaban predispuestos a la regresión de masas del nacionalismo.<sup>2</sup> Seguramente ni siquiera fue la respuesta más aceptada, toda vez que la tensión internacional de los años 30 fue desdibujando el escenario de la lucha de clases ante la inminencia de una nueva guerra de patrias. Durante la II Guerra Mundial y la inmediata postguerra, una serie de psiquiatras y antropólogos angloamericanos plantearon la hipótesis de que el nacionalismo extremo no dependía de la clase sino de la pertenencia nacional y, en concreto, de la pertenencia a una de las potencias enemigas (Brickner, 1943; Young, 1944; Spitzer, 1947; Dicks, 1950; Gorer, 1953). Los investigadores recuperaban en este caso el viejo término historicista del “carácter nacional”, remozado con planteamientos de la antropología cultural y el psicoanálisis freudiano. Ahora bien, la investigación del carácter nacional se distinguía ahora

---

1 Véase también Lasswell (1933).

2 Tampoco fue la más tosca y reduccionista. A pesar de poner el foco especialmente en el carácter psicopatológico de un estrato específico de la población alemana, el propio Fromm (1941/1982) daba a entender que el nacionalismo extremo podía ser también un signo de una crisis más general del capitalismo, extensible por tanto a otros estratos sociales y a otras sociedades avanzadas.

paradójicamente por la crítica del nacionalismo: trataban de probar por qué la estructura caracterial de determinadas naciones modernas -Alemania, Japón- parecía condenarles periódicamente a la conducta “irracional” y “belicista” del nacionalismo. Como explicaba el psiquiatra británico Henry Dicks:

...las motivaciones hacia el nacionalismo, el militarismo y una política exterior agresiva tienen profundas raíces en las compensaciones y reacciones psicológicas de los alemanes...El nazismo sobre todo explotó algunas de estas tendencias y sistematizó en un código político de conducta otro complejo relacionado que nunca estuvo muy lejos de la superficie del carácter alemán...la tendencia a la proyección psicológica. Los alemanes tienen gran dificultad en aceptar en sí mismos la considerable carga de odio latente contra la autoridad paterna... la tensión de la culpa fue aliviada dirigiéndose a chivos expiatorios exteriores. (1950: pp. 204-205)

Los nuevos estudios angloamericanos del *carácter nacional* fusionaban los conceptos del psicoanálisis con el interés antropológico por las prácticas de crianza diferenciales, en la línea que había avanzado la escuela de *Cultura y Personalidad* (Mead, 1951; Gorer, 1953).<sup>3</sup> La familia era considerada el agente psicológico fundamental, el determinante crítico del *carácter* y la conducta de los pueblos. Con todo, más allá de los planteamientos teóricos y las referencias empíricas, la intencionalidad final de los autores era indudablemente propagandística: se trataba de fijar un diagnóstico clínico, un retrato psicopatológico del alemán (o el japonés), reiterando para ello todo tipo de similitudes y paralelismos entre los vínculos primarios de la familia autoritaria-patriarcal, los rasgos o atributos de su *carácter nacional* y la pulsión inevitable al nacionalismo agresivo. En palabras del sociólogo norteamericano Kimball Young:

---

3 Si bien los antropólogos de esta escuela eran escépticos sobre la posibilidad de aplicar conceptos pensados para el estudio de comunidades tradicionales en la investigación de sociedades avanzadas (Mead, 1928; Benedict, 1934; Linton, 1951).

Para el individuo [alemán] el aprendizaje básico de la seguridad y expansión del yo se produce en la familia, bajo un sistema patriarcal severo. El niño es mimado por la madre pero, a la vez, se hacen constantes requerimientos a la obediencia, la disciplina y la autoridad... La rebelión contra esta disciplina...encuentra pronto una salida en las concepciones culturalmente condicionadas de la misión sagrada de Alemania como un poder mundial y de los enemigos que la rodean y la destruyen...La seguridad y expansión del yo proceden de la identificación con la ‘voluntad colectiva’ de la raza, el pueblo y el Estado... (1944: pp. 66-67)

Así, el mismo lenguaje psicoanalítico que Freud había acuñado como instrumento de crítica cultural y cuestionamiento del relato normativo de la civilización se convertía durante la II Guerra Mundial en instrumento de propaganda, en un arma ideológica para normalizar a la nación americana y psiquiatrizar al enemigo -una nación de sujetos incivilizados, reprimidos, neuróticos, agresivos (Pick, 2012; Ffytche y Pick, 2016; Mandler, 2016; García-García, 2021). El cuadro clínico del “carácter alemán” se asemejaba al que habían realizado Reich y Fromm a las clases medias-bajas, a las que también se atribuía una personalidad autoritaria. El alemán típico -afirmaba Henry Dicks- está siempre sometido a la autoridad, es dócil y servil, rígido y ordenancista, inhumano y despiadado con aquellos que puede dominar:

Su ansiedad por conocer su lugar en la jerarquía social, su quisquillosa insistencia en dar y recibir el respeto debido al título y al rango, su amor por la uniformidad y la regimentación y su incapacidad para enfrentarse a lo inesperado... su contoneo marcial –su arrogancia y auto-adulación nacionalista, especialmente cuando está en la masa... El individuo alemán se ha sentido tan pequeño e indefenso en las relaciones personales con su padre que ha tendido a proyectar esta situación en su destino nacional. (1950: pp. 199, 205)

#### 4. Sujetos del nacionalismo: la personalidad autoritaria

Una tercera hipótesis sobre el sujeto del nacionalismo prescindía de las variables analizadas hasta aquí, clase y nacionalidad, y se centraba únicamente en los factores psicodinámicos, las relaciones familiares durante la infancia y sus efectos en el desarrollo de la personalidad. Esta hipótesis fue ganando terreno en la psicología social norteamericana de postguerra, a partir de la investigación sobre los prejuicios y la medición escalar de las actitudes. Las personas con prejuicios extremos –dirá Gordon Allport en su libro *The Nature of Prejudice*–, aquellas para las que el prejuicio está inserto en la estructura de su personalidad, son casi siempre “nacionalistas”, “superpatriotas” (1954/1971: pp. 439-442, 549-550).

La aportación más conocida fue realizada por un antiguo representante de la Escuela de Frankfurt, Theodor Adorno, filósofo y sociólogo alemán de origen judío que se había exiliado a comienzo de los años treinta en los Estados Unidos y que, junto a otros integrantes del llamado grupo de Berkeley, Else Frenkel-Brunswik, Daniel Levinson y Nevitt Sanford, publicaría después de la guerra una obra de referencia, *The Authoritarian Personality* (1950). A pesar de la formación inequívocamente marxista del propio Adorno, la atención a las condiciones económicas y a las clases sociales desaparecía en este nuevo proyecto a favor de las relaciones interpersonales de la infancia y sus efectos en el desarrollo de la personalidad (Samelson, 1986; Roiser y Willig, 1995). Así, los autores firmantes de *The Authoritarian Personality* habían transformado el interés freudomarxista en el estudio de la ideología y en la crítica de la sociedad moderna por una investigación de factura mucho más psicológica sobre prejuicios y actitudes individuales, que apenas hacía referencia al contexto sociopolítico en el que se insertaban los sujetos investigados (Billig, 1982; Samelson, 1986; Danziger, 1997). De hecho, a mediados del siglo XX el *prejuicio* era definido sobre todo como un problema de naturaleza psicológica, la expresión de procesos emocionales que operaban de forma inconsciente y canalizaban frustraciones y problemas internos de la personalidad (Akerman y Jahoda, 1950; Bettelheim y Janowitz, 1950).

El punto de partida de la investigación de Adorno *et al.* había sido la aplicación de una escala para evaluar el prejuicio antisemita (Escala de Antisemitismo). Se pidió a los encuestados –dos mil sujetos norteamericanos de origen social diverso- que indicasen su grado de acuerdo con una batería de enunciados que expresaban actitudes prejuiciosas hacia los judíos. Tras aplicar el mismo procedimiento para evaluar actitudes hacia otras minorías, constataron que los sujetos que puntuaban alto en la escala de antisemitismo también manifestaban hostilidad hacia *negros*, mexicanos, filipinos, japoneses y extranjeros en general. De ahí que los investigadores introdujeran el término “etnocentrismo” para referirse a la mentalidad de individuos “provincianos”, “de cultura estrecha” que aceptan a los que son parecidos a ellos y rechazan a los diferentes (Adorno *et al.* 1950: p. 102). Si el prejuicio es un sentimiento de aversión hacia un determinado grupo, la mente del etnocéntrico divide a toda la humanidad en “endogrupos” y “exogrupos”. Para los primeros, sólo tiene actitudes positivas y adhesión acrítica; para los segundos, opiniones y actitudes hostiles (1950: pp. 102-104).

Además, el sujeto etnocéntrico modifica sus identificaciones de grupo para tener siempre un exogrupo al que odiar o despreciar, añadían los autores. Por ejemplo, en el ámbito de las relaciones internacionales el etnocéntrico se convierte en un “pseudopatriota”, un sujeto caracterizado por “la vinculación ciega a determinados valores culturales nacionales, la conformidad acrítica hacia las costumbres prevaletientes del grupo, y el rechazo de otras naciones como exogrupos” (1950: p. 107).<sup>4</sup> La escala final para medir actitudes etnocéntricas (Escala E de Etnocentrismo) incluía una subescala con ítems para medir el “pseudopatriotismo”:

- El mayor peligro para el verdadero americanismo durante los últimos cincuenta años ha venido de ideas y agitadores extranjeros.
- América puede que no sea perfecta, pero el modo de vida americano nos ha llevado casi al límite de la perfección de lo que los humanos pueden conseguir.

---

<sup>4</sup> Distinguen al “pseudopatriota” del “patriota genuino”, que ama a su patria y se vincula críticamente con la nación...puede apreciar los valores y costumbres de otras naciones... [y está] libre de conformismo rígido, rechazo exogrupal y lucha imperialista por el poder” (1950: pp. 107-108).



- Ahora que una nueva organización mundial se ha establecido, América debe estar segura de que no pierde nada de su independencia y poder como nación soberana.
- Algunas sectas religiosas que se niegan a saludar la bandera deberían ser obligadas a cumplir ese deber patriótico, o se las debería proscribir.
- La mejor garantía de nuestra seguridad nacional es para América tener el ejército más grande del mundo y el secreto de la bomba atómica (1950: p. 142).<sup>5</sup>

Habida cuenta de la correlación entre las distintas escalas y subescalas, los conceptos de etnocentrismo y pseudopatriotismo invitaban a estudiar los prejuicios de forma conjunta, como una forma de estructurar las relaciones endo-exogrupo. La aversión hacia el judío no podía entenderse sin explicar por qué el sujeto odiaba también a otras muchas minorías y naciones extranjeras, ya fueran japoneses, filipinos o mexicanos. En este sentido, Adorno *et al.* aplicaron una última escala para medir el “autoritarismo” (Escala F), que correlacionaba con las escalas anteriores. Los síntomas actitudinales concurrentes del autoritario eran los siguientes:

- Adhesión rígida a valores convencionales.
- Actitud de sumisión hacia las autoridades del endogrupo.
- Actitud hostil hacia quienes transgreden las normas convencionales del endogrupo.
- Oposición a lo subjetivo, imaginativo y sentimental.
- Superstición y estereotipia.
- Preocupación por la dimensión dominio-sumisión. Identificación con las figuras de poder. Valoración excesiva de la fuerza.
- Destructividad y cinismo. Hostilidad general hacia la humanidad.
- Proyectividad. Disposición a creer que en el mundo ocurren cosas siniestras y peligrosas. Proyecta en otros sus impulsos emocionales reprimidos.
- Obsesión con las cuestiones sexuales.(1950: p. 228).

---

<sup>5</sup> Los autores apenas utilizan el término nacionalismo. Con todo, en un artículo posterior uno de ellos asimila el “nacionalismo” al pseudo-patriotismo: “El nacionalismo puede verse como...pensamiento etnocéntrico en la esfera de las relaciones internacionales... La nación americana como símbolo es glorificada e idealizada; considerada superior a las otras naciones...” (Levinson, 1957: pp. 38-39).

Adorno *et al.* planteaban aquí el principal resultado de su investigación, reforzado a través de entrevistas en profundidad: la existencia de factores psicopatológicos subyacentes que explicarían la predisposición de algunos individuos extremos al prejuicio, el etnocentrismo, el *pseudopatriotismo* y el fascismo. Dicho de otra forma, el prejuicio generalizado era la expresión de una deficiencia del carácter, una perturbación de la personalidad que tendría su origen en problemas emocionales de la primera infancia. Por resumir un argumento que no nos resulta desconocido: el sujeto autoritario habría aprendido durante sus primeros años de vida –en el seno de una familia severa, intransigente, convencional y puritana- a aceptar la autoridad de forma sumisa y acrítica, a reprimir dolorosamente los propios deseos y pulsiones, a proyectar hacia fuera los impulsos prohibidos y a liberar el resentimiento personal y la agresividad acumulada sobre otros individuos y colectividades, los chivos expiatorios.

## 5. Psicodiagnóstico del fanatismo

Como hemos visto, los investigadores de postguerra no sólo describían al pseudopatriota o nacionalista extremo como un sujeto prejuicioso; creían explicar su hostilidad como una perturbación de las relaciones humanas primarias y una deficiencia de la personalidad. Así, el sujeto era presentado como un ser débil e inseguro, obsesionado por sentimientos de insignificancia, incapaz de reconocer sus dudas, temores y pulsiones reprimidas: “...lo que no puede aceptarse como parte del propio yo es externalizado” (Adorno *et al.* 1950: p. 474). La máxima de la Unesco adquiere en este punto su carga psiquiatrizante completa: el sujeto nacionalista no encuentra paz ni sosiego interior. Huyendo de por vida de unos padres severos y autoritarios, de su propia incapacidad para mediar el conflicto ello-superyó, de su falta de moral consistente y duradera, el yo se retira a un mundo infantil de identificaciones primarias con la autoridad, visiones simples, dogmáticas y maniqueas de la vida social y categorizaciones estereotipadas sobre el forastero. El sujeto transmite así la batalla interna hacia el exterior; convierte la fragilidad y debilidad psicológica –el odio, la poca tolerancia hacia sí mismo- en intolerancia y fanatismo, en guerra abierta contra el extranjero (Asch, 1952/1964).

Adorno *et al.* (1950: p. 971) reconocían una marcada semejanza entre el síndrome del autoritario y el retrato del antisemita que Jean-Paul Sartre había trazado pocos años antes. Ahora estamos en condiciones de comprenderlo, decía Sartre:

El antisemita... [es] un hombre que tiene miedo. No de los judíos, por cierto: de sí mismo, de su conciencia, de su libertad, de sus instintos, de sus responsabilidades, de la soledad, del cambio, de la sociedad y del mundo; de todo, menos de los judíos. Es un cobarde que no quiere confesarse su cobardía; un asesino que reprime y censura su tendencia al homicidio sin poder refrenarla y que, sin embargo, no se atreve a matar sino en efigie o en el anonimato de una multitud; un descontento que no se atreve a rebelarse...El judío es para él un pretexto: en otros países, utilizarán al negro; en otros, al amarillo. La existencia del judío permite sencillamente al antisemita ahogar en embrión sus angustias, persuadiéndose de que su puesto estuvo siempre señalado en el mundo. (1946: pp. 49-50)

Al término de la II Guerra Mundial el nacionalismo se asociaba a los conflictos emocionales de sujetos fanáticos, intolerantes. Los críticos de la época recurrían a “teorías profanas” de la clínica y el diván para realizar un diagnóstico de las élites y las masas nacionalistas (Moscovici, 1961/1979). Los agitadores son personas con problemas emocionales –afirmaba Gertrud Kurth-, individuos con una intensa ambivalencia hacia la autoridad que escapan mediante el mecanismo de proyección. Los líderes son los encargados de convencer a otros de sus visiones –añade Kurth- captando para la causa a individuos que están sometidos al mismo conflicto de ambivalencia, que encuentran en la ideología del agitador la solución a sus problemas (1950: pp. 303-304). Algunos años antes, Erich Fromm había descrito a Hitler como un sujeto con “sentimientos de inferioridad, odio a la vida, ascetismo y envidia”; “un don nadie” capaz de embaucar con sus ensoñaciones a un estrato numeroso de la población alemana a causa de “su similar estructura de carácter” (1941/1982: pp. 242, 262).

Esta visión del líder contrastaba con la de la generación anterior. Al poco de terminar la Gran Guerra, Sigmund Freud había escrito que la psicología de las masas no tenía nada que ver con la psicología del caudillo. Mientras que los miembros de la masa necesitan creer que “el líder los ama a todos con un amor justo y equitativo” –decía Freud- el caudillo no necesita amar a nadie: “...aunque absolutamente narcisista, se halla seguro de sí mismo y goza de completa independencia” (1921/2010: p. 71). De hecho, una mayoría de intelectuales parecía establecer una clara diferencia entre la psicología y motivación del líder y la de las *masas*. Los críticos marxistas y liberales de entreguerras describían a los líderes nacionalistas como una élite interesada y codiciosa (políticos sin escrúpulos, diplomáticos intrigantes, capitalistas avariciosos, empresarios de la industria de la guerra, militaristas profesionales), una minoría dispuesta a extraer algún provecho o ventaja de la manipulación de las *masas* (García-García, 2013, 2015b y 2016a). Así, los motivos ocultos del líder eran presentados casi siempre como motivos de naturaleza instrumental, la búsqueda desvergonzada de poder y dinero.

Durante los años cuarenta y cincuenta la representación del líder nacionalista parecía haber cambiado: los mismos motivos psicodinámicos que se adscribían por definición a las *masas* (regresivas, dependientes, infantiles) se consideraban a la vez acuciantes para el agitador, tan necesitado de amor como los demás. El líder nacionalista era presentado como un fanático con los mismos problemas emocionales que las multitudes a las que se dirige. “Fanáticos” como Adolf Stöcker, Édouard Drumont y el propio Hitler han buscado en el “nacionalismo violento” una solución a sus problemas personales y emocionales –afirmaba el historiador Boyd Shafer (1955: p. 177). La demagogia puede ser un ardid político o una socaliña lucrativa –decía Gordon Allport- pero los líderes y agitadores tienen “prejuicios caracterológicos”, “pertenecen al tipo de personalidad autoritaria” e incluso pueden estar al límite de la “insanía paranoide” (1954/1971: pp. 452-454). De nuevo, las referencias a Hitler y la élite hitleriana serían constantes. Más que explotar de forma “calculadora” y “racional” la psicología de las masas –afirmaba Henry Dicks- la camarilla nazi habría estado “profundamente implicada a nivel emocional en la dinámica paranoide” (1950: pp. 205-206; véase también Hertz, 1944; Appel, 1945; Erikson, 1950).

## 6. Después de Hitler. Psicologismo y extremismo

La publicación a mediados del siglo XX del estudio de Berkeley estimuló la realización de numerosas investigaciones que trataban de confirmar la correlación positiva entre las actitudes pseudopatriotas o nacionalistas (medidas a través de una serie de escalas confeccionadas para la ocasión: Escala de Nacionalismo, Escala de Etnocentrismo, Escala de Cosmopolitismo, Escala de Jingoísmo) y la Escala F de autoritarismo (Bay *et al.* 1950; Lentz, 1950; Bay, 1951; Levinson, 1957; Smith y Rosen, 1958; Martin y Westie, 1959; Farris, 1960). Todas las investigaciones confirmaban la hipótesis de que los sujetos extremadamente prejuiciosos tenían una estructura de carácter diferenciada, esto es, una personalidad autoritaria fraguada durante la primera infancia que les habría de disponer en la vida adulta a la identificación completa con el nacionalismo (Forbes, 1974 y 1985; Meloen, 1994). La influencia de una familia ordenancista –decía el politólogo canadiense Christian Bay- tiende a producir un sentimiento de ausencia de poder e insignificancia y una identificación con los líderes y “héroes” de la nación, y con los símbolos de unidad y poder nacional (Bay *et al.* 1950: pp. 21, 33-34).

Recogiendo ideas de Freud, Reich y Fromm, el grupo de California arrojaba nueva luz sobre la personalidad del fanático, el intolerante, la mente prejuiciosa. Y, como hemos visto, las investigaciones posteriores confirmaban la correlación entre autoritarismo y nacionalismo. Con todo, no es menos cierto que *The Authoritarian Personality* contribuyó notablemente al reduccionismo psicológico de la literatura de postguerra. Varias cuestiones así lo evidencian. En primer lugar, su atención exclusiva a los sujetos con puntuaciones extremas en las escalas de actitud. Para comprender las tendencias autoritarias –decían los autores- es necesario “determinar los factores que distinguen con mayor claridad un extremo del otro” (Adorno *et al.* 1950: p. 26). La metodología de trabajo reforzaba la hipótesis de que el problema radicaba en la predisposición de individuos *extremos* al prejuicio y el nacionalismo (Allport, 1954/1971; Billig, 1982). Con todo, para los intelectuales que habían ganado la guerra contra Hitler la atención a los extremos era también una cuestión ideológica y alimentaba el maniqueísmo reinante sobre la constitución psicológica y moral

de los sujetos (Billig, 1978; Bauman, 1997; Pick, 2012). Después de la guerra y el Holocausto los investigadores occidentales buscaban el retrato psicológico, la huella mental del “uomo autoritario” con la misma insistencia con la que Lombroso había examinado los rasgos y contornos atávicos inmutables en el cráneo del criminal Giuseppe Vilella (García-García, 2021). Buscaban a tipos extremos en escalas psicométricas, sin dejar rastro de ambivalencia: de un lado, los nacionalistas fanáticos, desequilibrados, incluso psicóticos; de otro, la ciudadanía internacionalista, equilibrada, razonable. A juicio de Graham Richards, los científicos norteamericanos parecían atrapados en los mismos mecanismos de ocultación y culpabilidad encubierta que atribuían a los sujetos prejuiciosos, proyectando su propia intolerancia sobre el autoritario (1997: p. 233; véase también Mock, 2019).<sup>6</sup>

En segundo lugar, la atención unilateral a la familia como ámbito de socialización política significativa. A pesar de la orientación marxista de Adorno, los estudios de California se centraron exclusivamente en la disciplina y estructura familiar durante la primera infancia (Samelson, 1986; Roiser y Willig, 1995). No había apenas referencia a la estructura de clases sociales ni a los procesos de socialización secundaria en el ámbito de la escuela. De nuevo, los horrores de la guerra y el Holocausto empujaban a los intelectuales de postguerra a buscar la explicación del prejuicio y el nacionalismo en la vida familiar de una minoría de fanáticos –los recuerdos infantiles del autoritario- a costa de olvidar el papel de la enseñanza de *la Historia* sobre el conjunto de la población –el recuerdo colectivo, la elaboración del relato del pasado en las escuelas de la patria. Al término de la Gran Guerra, una serie de intelectuales, entidades gubernamentales y organismos internacionales, auspiciados por la Sociedad de Naciones, había denunciado la influencia de los manuales y libros de historia en el adoctrinamiento de los escolares (Hayes, 1923; Scott, 1926). La escolarización nacional obligatoria es “el medio básico de propagación de la doctrina del nacionalismo entre las masas” –había dicho Carlton Hayes (1926: p. 92). Todo ello parecía tener menos interés en la segunda postguerra. La consideración de la familia como el agente psicológico fundamental –el determinante crítico de las conductas nacionalistas- relegaba a un segundo

---

6 Puede verse una crítica de las categorías antinómicas y maniqueas que han acompañado a menudo el estudio del nacionalismo en Heany, 2013.

plano el papel fundamental que juega la escuela, como la historiografía posterior ha puesto en evidencia (Weber, 1976; Gellner, 1988).

La medición de los sujetos extremos y el interés por la socialización familiar son indicios de una cuestión aún más importante: la atención casi exclusiva al psiquismo, la psiquiatrización de las explicaciones, el recurso reiterado a conceptos del psicoanálisis para la explicación del prejuicio y el nacionalismo. La idea llevaba años rodando entre los intelectuales de Occidente (teóricos de Frankfurt y teóricos del carácter nacional, antropólogos y sociólogos, historiadores, filósofos y escritores). Contrastada por Adorno *et al.* con el lenguaje empirista de las escalas, la hipótesis alcanzaría su máxima difusión en la década de los cincuenta (Bay *et al.* 1950; Brinton, 1950; Bay, 1951; Snyder, 1954; Shafer, 1955). Para entonces, la idea flotaba en el ambiente y adornaba Cartas y Constituciones: las guerras del nacionalista habían nacido de las batallas perdidas de la infancia (García-García, 2013 y 2016b). La moda del psicoanálisis freudiano parecía otorgar al concepto de *frustración* la virtualidad de explicar todas las acciones –afirmaba con incredulidad el historiador del nacionalismo Boyd Shafer. “La frustración se ha convertido en una explicación para todo del mismo modo que la razón divina explicaba todo a los teólogos del siglo XIII y la ley natural a los intelectuales del siglo XVIII” (1955: p. 177).

## 7. Reflexiones finales

¿Qué balance hacer de esta literatura? ¿Por qué es procedente y hasta necesario rescatarla del olvido? ¿Cuál ha sido su contribución al estudio y la representación social y cultural del nacionalismo? No conviene cerrar este ensayo sobre la influencia del psicoanálisis en la literatura sobre nacionalismo sin hacer al menos una reflexión final desde una triple perspectiva: epistemológica, histórica y sociocultural. Ello nos permitirá subrayar además el interés de un debate que no fue nunca meramente académico, ni podría circunscribirse al pasado; un debate cuyas voces continuarán replicándose mucho tiempo después, hasta llegar al presente, en un mundo global de naciones y nacionalismo.



Con la primera reflexión, de naturaleza epistemológica, abundamos algo más en la crítica de psicologismo antes señalada. Como espectador de la guerra de Bosnia, el psiquiatra serbio Dusan Kecmanovic aún insistía en la relación entre nacionalismo y autoritarismo. A su juicio, las escalas E y F identifican los prejuicios étnicos, parte crucial del sistema de creencias nacionalista: “la fenomenología del autoritario y del nacionalista tienen mucho en común” -afirmaba Kecmanovic (1996: p. 156). Con todo, hoy sabemos que la fenomenología del autoritario no agota en absoluto la del nacionalista (Finlayson, 1998; García-García, 1994 y 1995; Ramírez Dorado y García-García, 2018). El nacionalismo es una ideología fluida y “camaleónica” (Özkirimli, 2000: p. 61), de “profunda versatilidad” (De Blas, 1994: p. 16); una “herramienta dúctil” (Tamir, 2021: p. 237), un “artefacto modular” (Anderson, 1991: p. 21), un cajón de sastre de la modernidad política que puede ser utilizada para muchos fines públicos y privados, conscientes e inconscientes -no todos de naturaleza proyectiva (Kelman, 1965 y 1983; Ramírez, 1992). Hoy sabemos también que no es posible buscar en la personalidad de una minoría de individuos la clave explicativa de procesos ideológicos complejos (Forbes, 1974 y 1985; Greenstein, 1975; Billig, 1978; Samelson, 1986; Mock, 2019). Ni explicar las guerras del nacionalismo desde las premisas reduccionistas de la psicología de las masas y el psicoanálisis, como una regresión a la barbarie primitiva o a una batalla perdida de la infancia. De hecho, lejos de suponer una quiebra o ruptura de un supuesto orden civilizatorio, el nacionalismo y sus “excesos” han pasado a explicarse en las últimas décadas desde un paradigma más sociológico y modernista, esto es, como una ideología y una práctica política plenamente engastada en las instituciones propias de la modernidad: el Estado, el mercado, la burocracia, la escuela, la democracia, la competición entre partidos políticos y las tecnologías de la comunicación y la información (Breuilly, 1982; Gellner, 1988; Anderson, 1991; Billig, 1995; Calhoun, 1997).

La segunda reflexión, de naturaleza histórica, apunta a la necesidad de reconstruir con más detalle el peso e incidencia que las categorías psicológicas han tenido en el último siglo y medio en la construcción del lenguaje académico de naciones y nacionalismo. “Algunos tipos de la psicología social más antigua contribuyeron a crear la imagen global de las naciones y el nacionalismo presentada por la modernidad clásica” -afirmaba con mucho

acuerdo Anthony Smith (2000: p. 46). A pesar de la influencia y penetración que este lenguaje ha tenido en la conceptualización del nacionalismo a lo largo del tiempo, como evidencian las voces de la psicología de los pueblos, el carácter nacional, la psicología de las masas, el psicoanálisis y la investigación sobre prejuicios/estereotipos, la revisión e historización de este vínculo apenas ha sido tematizado como objeto de estudio (Lawrence, 2005; Sluga, 2006; Pick, 2012; García-García, 2013, 2015a, 2015b, 2016a y 2021).<sup>7</sup> Ahora bien, en este punto no bastaría ya con distanciarse de las categorías analíticas del pasado por su tosco e incorregible “psicologismo” -como ha afirmado el historiador británico Daniel Pick (2012: pp. 2-3). De hecho, desde la perspectiva específica de la historia del nacionalismo y de la historia de las ciencias sociales sigue siendo relevante comprender en qué medida, cómo y por qué los intelectuales y académicos occidentales de mediados del siglo XX optaron por utilizar las categorías procedentes de la clínica y el diván (superyo, complejo, represión, frustración, identificación, narcisismo, sadismo, ambivalencia) para explicar cuestiones de naturaleza política e ideológica, como el nacionalismo y la guerra.

Con todo, el interés de este tema no se reduce a las preocupaciones del historiador ni se limita a debates académicos de naturaleza epistemológica. Ello nos lleva a una tercera y última reflexión, conectando el trabajo con problemas del presente. En efecto, el interés por la cuestión de naciones y nacionalismo ha desbordado siempre el ámbito de la historiografía y la investigación experta sobre el pasado para instalarse, reproducirse y reformularse una y otra vez fuera de la academia, en la arena política y mediática, como discurso o debate partidista; o como representación social/cultural y teoría profana (Moscovici, 1961/1979).<sup>8</sup> En este mismo trabajo hemos visto cómo se movilizaban las ideas de Freud en la lucha marxista contra la burguesía, en la guerra total contra el fascismo, en el debate de posguerra sobre el Holocausto. Pues bien, en ámbitos generalistas, no académicos, las categorías y formulaciones de la psicología de las masas y el psicoanálisis siguen

---

7 Si bien algunos autores se centran en la vinculación entre psicoanálisis y nacionalsocialismo. Véase Pick, 2012; Ffytche & Pick, 2016.

8 Fue precisamente Serge Moscovici quien primero señaló la enorme influencia y penetración de un lenguaje psicoanalítico que, a mediados del siglo XX, había desbordado el entorno de la clínica y la academia para entrar en “la vida, los pensamientos, las conductas, las costumbres y el mundo de las conversaciones de gran cantidad de individuos” (Moscovici, 1961/1979: pp. 11-12).

teniendo amplia resonancia y acogida en la explicación de los conflictos nacionalistas contemporáneos (Billig, 1995; Nairn, 1997; Hroch, 2000; García-García, 2013 y 2015b). De hecho, aunque la investigación académica sobre la personalidad autoritaria ha quedado relegada y prácticamente olvidada por el nuevo paradigma sociológico y modernista, la concepción psicodinámica del nacionalista como un sujeto atormentado, narcisista y turbulento continúa siendo una de las representaciones sociales más penetrantes y duraderas de la ideología, una teoría profana evocada periódicamente por políticos, comunicadores, tertulianos y polemistas para dar cuenta de los conflictos y guerras del nacionalismo; y, con frecuencia, un discurso indignado, moralizador y psiquiatrizante que remite las causas del conflicto a un tiempo lejano, oscuro e incierto -la infancia del sujeto-, que oculta la propia responsabilidad en los acontecimientos del presente, y que proyecta sobre otros las culpas, complejos y miserias morales, dificultando de este modo la vía del diálogo, el acuerdo y/o la pacificación.

## Trabajos citados

- Ackerman, N. W. y Jahoda, M. (1950). *Anti-Semitism and Emotional Disorder: A Psychoanalytic Interpretation*. New York: Harper.
- Adorno, T., Frenkel-Brunswik, E., Levinson, D. y Sanford, N. (1950). *The Authoritarian Personality*. New York: Harper.
- Allport, F. (1927). The Psychology of Nationalism. *Harper's*, 155, pp. 291-301.
- Allport, G. (1954/1971). *La naturaleza del prejuicio*. Buenos Aires: Eudeba.
- Anderson, B. (1991). *Imagined Communities*. London: Verso.
- Appel, K. (1945). Nationalism and Sovereignty: A Psychiatric View. *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 40, pp. 355-362.
- Asch, S. (1952/1964). *Psicología social*. Buenos Aires: Eudeba.
- Bauman, Z. (1997). *Modernidad y Holocausto*. Madrid: Ediciones Sequitur.
- Bay, C. (1951). The Theoretical Preparation of a Research Project on Nationalist Attitudes. *International Social Science Bulletin*, 3, pp. 244-246.

- Bay, C., Gullvag, I., Ofstad, H. y Tønnessen, H. (1950). *Nationalism*. Oslo: Institute for Social Research.
- Benedict, R. (1934). *Patterns of Culture*. Boston: Houghton Mifflin.
- Berger, S. y Storm, E. (2019). *Writing the History of Nationalism*. London: Bloomsbury.
- Bettelheim, B. y Janowitz, M. (1950). *Dynamics of Prejudice*. New York: Harper.
- Billig, M. (1978). *Fascists*. London: Academic Press.
- Billig, M. (1982). *Ideology and Social Psychology*. Oxford: Blackwell.
- Billig, M. (1986). Racismo, prejuicios y discriminación. En Moscovici, S. (ed.) *Psicología Social* (vol. II). Barcelona: Paidós, pp. 575-600.
- Billig, M. (1995). *Banal Nationalism*. London: Sage.
- Blas, A. de. (1994). *Nacionalismos y naciones en Europa*. Madrid: Alianza.
- Breuilly, J. (1982). *Nationalism and the State*. Manchester: Manchester University Press.
- Brickner, R. (1943). *Is Germany Incurable?* Philadelphia: Lippincott.
- Brinton, C. (1950). *The Shaping of the Modern Mind*. New York: The New American Library.
- Burrow, J. W. (2001). *La crisis de la razón*. Barcelona: Crítica.
- Calhoun, C. (1997). *Nationalism*. Buckingham: Open University Press.
- Danziger, K. (1997). *Naming the Mind*. London: Sage.
- Dicks, H. (1950). Some Psychological Studies of the German Character. En Pear, T. H. (ed.) *Psychological Factors of Peace and War*. London: Hutchinson, pp. 193-218.
- Erikson, E. (1950). *Childhood and Society*. London: Penguin.
- Farris, C. (1960). Selected Attitudes on Foreign Affairs as Correlates of Authoritarianism and Political Anomie. *Journal of Politics*, 22 (1), pp. 50-67. <https://doi.org/10.2307/2126588>
- Fessler, L. (1941). Psychology of Nationalism. *Psychoanalytical Review*, 28, pp. 372-383.
- Finlayson, A. (1998). Psychology, Psychoanalysis and Theories of Nationalism. *Nations and Nationalism*, 4 (2), pp. 145-162. <https://doi.org/10.1111/j.1354-5078.1998.00145.x>
- Ffytche, M. y Pick, D. (eds.). (2016). *Psychoanalysis in the Age of Totalitarianism*. Routledge: London.
- Forbes, D. (1974). Two Approaches to the Psychology of Nationalism. *Canadian Review of Studies in Nationalism*, 2 (1), pp. 172-181.
- Forbes, D. (1985). *Nationalism, Ethnocentrism and Personality*. Chicago: University of Chicago Press.
- Freud, S. (1921/2010). *Psicología de las masas*. Madrid: Alianza.

- Freud, S. (1939). *Moisés y la religión monoteísta*, Buenos Aires: Losada.
- Fromm, E. (1937/1996). *Espíritu y sociedad*, Barcelona: Paidós, 1996.
- Fromm, E. (1941/1982). *El miedo a la libertad*. Barcelona: Paidós.
- García-García, J. (1994). Nación, identidad y paradoja: una perspectiva relacional para el estudio del nacionalismo. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 67, pp. 165-183. <https://doi.org/10.2307/40183739>
- García-García, J. (1995). Los prejuicios del internacionalismo: espacio, modernidad y ambivalencia. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 71-72, pp. 201-223. <https://doi.org/10.2307/40183868>.
- García-García, J. (2013). *Lenguajes de la psique, voces de la nación: el peso del psicologismo en la representación académica y social del nacionalismo*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid. <https://eprints.ucm.es/id/eprint/22263/>
- García-García, J. (2015a). Nación, sujeto y psique: la construcción psicológica del nacionalismo. *Athenea Digital*, 15(1), pp. 333-346. <http://dx.doi.org/10.5565/rev/athenea.1606>
- García-García, J. (2015b). After the Great War: nationalism, degenerationism and mass psychology. *Journal of Social and Political Psychology*, 3(1), pp. 103-123. <https://doi.org/10.5964/jspp.v3i1.371>
- García-García, J. (2016a). Sujetos de la masa. Visiones del nacionalismo después de la Primera Guerra Mundial. *Revista de Estudios Sociales*, 56, pp. 91-103. <https://doi.org/10.7440/res56.2016.07>
- García-García, J., Ramírez Dorado, S., Álvaro Estramiana, J. L. y Rosas Torres, A. R. (2016b). Nacionalismo e identidad nacional a partir de una perspectiva psicossociológica. En Oliveira Lima, M. E., Rosas Torres, A. R. y Techio, E. M. (coord.) *Identidade nacional e representações do Brasil: Abordagens integrativas*. Sao Paulo: Scortecc, pp. 1-27.
- García-García, J. (2021). A neglected legacy: Massenpsychologie und ich-analyse in the era of nations and nationalism. *Psychotherapy and Politics International*, e1603. <https://doi.org/10.1002/ppi.1603>
- Gellner, E. (1988). *Naciones y nacionalismo*. Madrid: Alianza.
- Gorer, G. (1953). National Character. En Mead, M. y Métraux, R. (eds.) *The Study of Culture at a Distance*". Chicago: University of Chicago Press, pp. 57-82.
- Greenstein, F. (1975). Personality and Politics. En Greenstein, F. y Polsby, N. (eds.) *Handbook of Political Science*. Reading, MA: Addison-Wesley, pp. 1-92.
- Hayes, C. (1923). Nationalism and the Social Studies. *Historical Outlook*, 14, pp. 247-250.
- Heany, J. (2013). Emotions and nationalism: A reappraisal. En Demertzis, N. (ed.) *Emotions in politics*.

- London: Palgrave: pp. 243-263.
- Hegedus, A. de. (1947). *Patriotism or Peace?* New York: Scribner's Sons.
- Hertz, F. (1944). *Nationality in History and Politics. A Study of the Psychology and Sociology of National Sentiment and Character.* London: Kegan Paul.
- Hroch, M. (2000). Nationalism and National Movements. En Hutchinson, J. y Smith, A. D. (eds.) *Nationalism. Critical Concepts in Political Science.* London: Routledge, pp. 607-617.
- Hunter, E. L. (1932). *A Sociological Analysis of Certain Types of Patriotism.* New York: Columbia University Press.
- Katz, D. (1940). The Psychology of Nationalism. En Guilford, J. P. (ed.) *Fields of Psychology.* New York: Nostrand, pp. 163-181.
- Kecmanovic, D. (1996). *The Mass Psychology of Ethnonationalism.* New York: Plenum.
- Kelman, H. (1965). Social Psychological Approaches to the Study of International Relations. En Kelman (ed.) *International Behaviour.* New York: Holt, pp. 565-607.
- Kelman, H. (1983). Nacionalismo e identidad nacional: un análisis psicosocial. En Torregrosa, J. R. y Sarabia, B. (eds.) *Perspectivas y contextos de la psicología social.* Barcelona: Hispano Europea, pp. 241-268.
- Kurth, G. (1950). Hitler's Two Germanies: A Sidelight on Nationalism. En Róheim, G. (ed.) *Psychoanalysis and the Social Sciences* (vol. II). New York: International Universities Press, pp. 293-312.
- Lasswell, H. (1930/1963). *Psicopatología y política.* Buenos Aires: Paidós.
- Lasswell, H. (1933). The Psychology of Hitlerism. *The Political Quarterly*, 4 (3), pp. 373-384. <https://doi.org/10.1111/j.1467-923X.1933.tb02291.x>
- Lawrence, P. (2005). *Nationalism. History and Theory.* New York: Pearson.
- Le Bon, G. (1895/1931). *Psicología de las multitudes.* Madrid: Daniel Jorro.
- Lentz, T. (1950). The Attitudes of World Citizenship. *The Journal of Social Psychology*, 32, pp. 207-214.
- Levinson, D. (1957). Authoritarian Personality and Foreign Policy. *Journal of Conflict Resolution*, 1 (1), pp. 37-47.
- Linton, R. (1951). The Concept of National Character. En Stanton, A. y Perry, S. (eds.) *Personality and Political Crisis.* Illinois: Free Press, pp. 133-150.
- Madariaga, S. de. (1934). *Discursos internacionales,* Madrid: Aguilar.



- Martin, E. D. (1920). *The Behavior of Crowds*. New York: Harper & Brothers.
- Martin, J. y Westie, F. (1959). The Tolerant Personality. *American Sociological Review*, 24 (4), pp. 521-528.
- Mead, M. (1951). The Study of National Character. En Lerner, D. y Lasswell, H. (eds.) *The Policy Sciences*. Stanford: Stanford University Press, pp. 70-85.
- Meloen, J. (1994). A critical analysis of forty years of authoritarianism research. En Farnen, R. (ed.) *Nationalism, Ethnicity and Identity*. London: Transaction, pp. 127-165.
- Mock, S. (2019). Cognitive and psychoanalytic approaches to nationalism. En Berger, S. y Storm, E. (ed.) *Writing the History of Nationalism*. London: Bloomsbury, pp. 105-129.
- Moscovici, S. (1961/1979). *El psicoanálisis: su imagen y su público*. Buenos Aires: Huemul.
- Nairn, T. (1997). *Faces of Nationalism*. London: Verso.
- Özkirimli, U. (2000). *Theories of Nationalism*. Basingstoke: Macmillan.
- Pick, D. (2012). *The Pursuit of the Nazi Mind*. Oxford: Oxford University Press.
- Ramírez Dorado, S. (1992). *Hacia una psicología social del nacionalismo*. Madrid: Universidad Complutense.
- Ramírez Dorado, S. y García-García, J. (2018). Nacionalismo, individualismo e identidad nacional. En Álvaro Estramiana, J. L. (coord.). *La interacción social: escritos en homenaje a José Ramón Torregrasa*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, pp. 363-388.
- Reich, W. (1933/1972). *Psicología de masas del fascismo*. Madrid: Ayuso.
- Richards, G. (1997). *Race, Racism and Psychology*. London: Routledge.
- Roiser, M. y Willig, C. (1995). The Hidden History of Authoritarianism. *History of the Human Sciences*, 8 (4), pp. 77-97. <https://doi.org/10.1177/095269519500800405>
- Samelson, F. (1986). Authoritarianism from Berlin to Berkeley. *Journal of Social Issues*, 42 (1), pp. 191-208. <https://doi.org/10.1111/j.1540-4560.1986.tb00216.x>
- Sartre, J. P. (1946). *Reflexiones sobre la cuestión judía*. Buenos Aires: Sur.
- Scott, J. F. (1926). *The Menace of Nationalism in Education*. London: Allen & Unwin.
- Shafer, B. (1955). *Nationalism: Myth and Reality*. New York: Harcourt.
- Sluga, G. (2006). *The Nation, Psychology, and International Politics, 1870-1919*. New York: Palgrave.
- Smith, A. (2000). *Nacionalismo y modernidad*. Madrid: Istmo.
- Smith, H. y Rosen, E. (1958). Some Psychological Correlates of World Mindedness and Authoritarianism. *Journal of*



*Personality*, 26, pp. 170-183.

Snyder, L. (1954). *The Meaning of Nationalism*. Westport, Connecticut: Greenwood.

Spitzer, H. (1947). Psychoanalytic Approaches to the Japanese Character. *Psychoanalysis and the Social Sciences*, 1, pp. 131-156.

Stynen, A., Van Ginderachter, M. y Núñez-Seixas, X. (2020). *Emotions and Everyday Nationalism in Modern European History*. London: Routledge.

Tamir, Y. (2021). *El porqué del nacionalismo*. Valencia: Barlin Libros.

Unesco (1945). Constitución de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, 16 de Noviembre de 1945. <https://www.unesco.org/es/legal-affairs/constitution>

Weber, E. (1976). *Peasants into Frenchman*. Stanford: Stanford University Press.

Wells, H. (1929). *The Common Sense of World Peace*. London: Hogarth.

Young, K. (1944). *Social Psychology*. New York: Appleton-Century.

Young, K. (1944/1969). *Psicología social de la revolución y de la guerra*. Buenos Aires: Paidós.